

PRIMERA SINFONIA

Estás en este teatro que parece del siglo veintiuno, aquí, en Caracas, rodeado de músicos que te admiran o que al menos tienen la deferencia de intentar demostrarlo, tratado con inefable cortesía por el viejo maestro que ha entendido tu obra quizás mejor que tú mismo, *tú, que en otro tiempo imaginaste esta ciudad tal vez recorrida por desbordadas muchedumbres, que pusiste sobre sus calles sin nombre a milicianos con la estrella roja, creyendo profundamente en un nuevo amanecer que iba a ser como una vorágine pero que fue postergándose en un prolongado y continuo alejamiento de tus esperanzas; tú, que transitaste las reuniones clandestinas de tu década pero nunca llegaste a ver las asambleas trasnochadas y brumosas que se intuían como un bajo continuo en las obras de Lenin, y te imaginaste también en algún futuro arengando a las multitudes -"las masas", los obreros y los campesinos- entre los duros, los que tendrían la fuerza para imponerse y no temerían hacerlo, sin otra ambición que estar allí, en el momento sublime de la liberación y la victoria, haciendo prevalecer tu verdad y sientes cómo te invade ahora un bienestar desconocido, una controlada calma, tan cómodo en este lugar donde apenas se percibe el fulgor de la tarde, entre límpidas paredes donde se respira sin embargo la luz del sol.*

Te preparas entonces para escuchar, mientras las maderas juegan con un pasaje del primer movimiento y el maestro te habla de cuando estuvo en Berlín, y recuerdas lo que no ha pasado *el bosque cálido, probablemente un jeep desvencijado del que te habrías encariñado de algún modo, y el ritmo de la lucha, que se impone con la fuerza de los amores nacies; el temor a la muerte, pero aún más a la derrota.* Buscas un asiento -un poco cansado, porque el viaje ha sido largo- y esperas que los instrumentos ataquen la partitura, mientras descansas los ojos en la bonita cara de una violinista, *acercándote con los tuyos día a día a la capital -aborrecida y deseada a la vez- la gran ciudad corrupta; o en otros futuros: en aeropuertos imprecisos, encaminándote a misiones trascendentes y siempre clandestinas, en viajes solitarios por el Amazonas inmenso que afina su instrumento con destreza y muestra sin querer su perfil, perfecto como el de una diosa egipcia.*

Y recuerdas también lo que ha pasado, oyendo ya el *largo* que sugiere la amplitud casi desértica de un paisaje que has visto, sí, pero que antes has soñado *cuando con rabia y estupor leíste la noticia de la invasión a Bahía de Cochinos y sentiste la necesidad irreductible de hacer algo por la Revolución, buscando a tus amigos y camaradas, recorriendo en la noche las calles fatigadas de tu ciudad, y tomaste la decisión, en un cine que te acogió solitario, mientras veías una película de la que nada recuerdas salvo la cara imperturbable de David Niven, de unirte a las guerrillas y te das cuenta que la orquesta es buena, pero que todavía queda bastante trabajo fatigoso por hacer.*

Y es la música que oyes, tu música, la que te lleva hasta allí: a las conversaciones interminables y las reuniones nocturnas, a la negativa que no se te ocurrió prever "*Pero es que debes entenderlo*", te decía: "*la decisión de quién se va al monte o se queda en la ciudad no depende sólo de los deseos personales*" y que era inapelable porque se había tomado en lugares indefinidos por gente que nunca llegarías a conocer. Vuelve otra vez el primer tema, ahora tocado por las maderas, y miras sin reservas a esa violinista a la que tanto le agradeces su concentración y la dulce seriedad de su boca *a la música que arreglabas, con tu intuición para encontrar los errores y para modular los temas, llevando las ideas de otros hacia la forma que ellos mismos no eran capaces de alcanzar, y luego, en ese año de la espera, a los días en que visitabas a Irene, a esa casa desierta en las mañanas donde aprendiste a gozar del sexo lentamente, en una unión que deliberadamente había suprimido el mañana, sin angustias, más allá del apremio y la tensión de las primeras veces. Allí fue, compartiendo con ella los soles y las lluvias, que descifraste la sutil dinámica que puede representar la orquestación y comenzaste a crear, con la alegre despreocupación de quien no espera crítica -porque aguarda el momento de partir hacia la lucha y no la mesurada opinión de los maestros- con la sabia candidez de quien sólo pretende entretenerse, porque piensa que más allá del arte y del amor hay un mundo de titánicas victorias que le dará sentido a su existencia.* La música se fragmenta, en la aceptada imperfección de todos los ensayos, efímera, una sinfonía en tiempos en que nadie escribe sinfonías, un canto desesperado que va preparando un nuevo tema, apenas insinuado ahora por un leve pizzicato de los cellos que retorna obsesivo y *eso fue lo peor, cuando descubriste que ya no podías irte, porque no había adonde ir, cuando te enteraste que los demás, más apremiados que tú, buscaban por senderos estrechos el improbable regreso que salvara sus vidas para surgir hacia la plenitud de los últimos acordes.*

Bendices el café, la pausa que se extiende como si la ciudad se hubiese detenido, mientras conversas sin tensión, integrado a ese mundo que te propone una modesta consagración que aceptas con la felicidad de los años maduros *desolado, sabiendo que había cosas que nunca podrías entender, asistiendo con fatiga a las sesiones en que los demás se recriminaban y acusaban, oyendo los relatos en que se demostraba -con la claridad de un teorema- que todos habían estado equivocados, viviendo la ambigua frustración de haber quedado excluido de lo que fue una derrota, aunque nadie tuviese todavía el valor para manifestarlo abiertamente. Esa fue la época en que comenzaste a escribir de otro modo, primero con furor y con desesperado impulso, luego con ese mismo furor ya convertido en paciencia. Comprendías que llegaba ya la sordidez de las últimas batallas y que con ellas se completaba el círculo de tu desenfrenada esperanza; y comenzabas a entrever, pese a ti mismo, que tal vez no fueras tú el señalado, que no había un camino de salvación al otro lado de las balas y -aún más- que el miedo y la corrupción y la brutalidad estaban seguramente en ambos bandos, que el combate no había sido entre el bien y el mal, sino entre hombres.*

Te asombra un poco ver cómo estos músicos, casi desconocidos para ti, alcanzan a definir con precisión quién eres. Sólo saben de ti apenas este día, una instantánea que no recuerda las muchas vidas que se entrelazan en tu vida, una delgada capa de realidad que te simplifica, pero que sin embargo eres tú: el compositor. ¿Qué queda ahora de tantas

palabras y de tantos sueños? *el silencio de los camaradas que huyen buscando el poder mágico del olvido, los que permanecen, los que se trasladan hacia regiones inaccesibles, los que cambian y los que, imperturbables, actúan como si el mundo siguiese siendo el mismo* y entiendes que ya jamás podrás vivir sin música, sin tú música, más allá de aquellos sueños que en parte fueron pesadillas -pero que tuvieron el color indescriptible del primer amanecer conocido- sin creer que posees una fe que te haga ser mejor que los otros, resignado y liberado al no tener ya una misión en el mundo, *como si fueras responsable por los demás, por la idea correcta, por esa salvación que intentabas llevarles haciéndoles ver la diferencia entre lo justo y lo injusto, luchando con todo tu ser para alterar el curso de las cosas y construir el hombre nuevo*, satisfecho con tu música aun a pesar de sus carencias, recorrido por la fuerza que se desprende de la orquesta, sin más mensaje que transmitir que éste, que comienza clásicamente en do menor y que te has empeñado, por razones que a los demás no interesan, en designar con el nombre de sinfonía.

Carlos Sabino

Caracas, 1989